



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9921

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 26 DE NOVIEMBRE DE 1894

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola. Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 88, 40 Y 42

La inmigración en Filipinas.

Haec dies que nuestro estimado colega «El Globo», en un bien redactado artículo, dedicado exclusivamente á la importante cuestión de la inmigración en Filipinas, base principal, á juicio de todo el mundo, de su futuro engrandecimiento, combate, por peligrosa, la japonesa, y muéstrase decidido partidario de la peninsular, considerándola como el medio más eficaz para la españolización del país por la extensión que adquiriría nuestra raza, que, en su mezcla con la indígena, dá origen á ese otro pueblo vigoroso y enérgico que hoy lleva el nombre de mestizo, y apartar del mismo esa pesada atmósfera que le acarrea el elemento asiático, dueño de una gran parte de su origen.

Quizás no ánde deseará el citado colega al oponerse á la primera de las enunciadas inmigraciones; quizás, repetimos, pudiera, andando el tiempo, representar un peligro para la soberanía de España en aquellas islas, si no se regía-

menta con acierto; pero debemos hacer constar que un periódico tan respetable y de tan probado amor á la Metrópoli como el «Diario de Manila», ha abogado siempre, y continúa abogando por ella, aunque sin concederle preferencia sobre otras que también estima conveniente se estimulen y favorezcan, fundado en los resultados que está ofreciendo en regiones no lejanas del aludido Archipiélago filipino, y que, si no recordáramos mal, tampoco la rechazan, ni mucho menos las Corporaciones á quienes se pidió hace dos ó tres años que informaran en el asunto.

Cuanto á la segunda, ó sea la peninsular, única aceptable allí, en sentir de «El Globo», por las razones que dejamos expuestas, el europeo, por habitando que se halle á las más altas temperaturas, no puede soportar, sin riesgo para su salud, el clima abrasador de Filipinas, ni la humedad que durante las noches se aspira, y que, en tal concepto, y aparte el inconveniente que para el prestigio del nombre español supondría que los hombres de nuestra raza, de la raza conquistadora y civilizadora de aquella hermosa porción del territorio patrio, cave la tierra al par y en unión de los naturales del país, y acaso asalariados por ellos, pues los hay ricos y con extensas propiedades territoriales, estimamos que el español peninsular, que no sea funcionario público, ó militar, ó que no se proponga ejercer en Filipinas alguna carrera, arte ú oficio, sólo debe ir allí, en sentir nuestro, como colono, y de ningún modo como bracero, que es lo que «El Globo» propone.

Y, puesto que viene á cuento, insertamos á continuación los dos primeros párrafos y el último de un suelto publicado en «El Herald Militar», de Manila:

«Al hablar ayer de la suerte que probablemente cabría á nuestros

compatriotas, los emigrantes llegados en el vapor correo «Montevideo», no creíamos que tan pronto empezaran á realizarse nuestros vaticinios.

Ayer noche, en el muelle del Rey, se encontraban varios de esos emigrantes, rodeados de una porción de indios, que les vendían protección, pues los desgraciados se preparaban á pasar allí la noche, por no tener sitio donde albergarse.

Es seguro que las arcas del Tesoro tienen recursos suficientes para subvenir á tan imperiosas y sagradas obligaciones; pero si no los hubiera... para algo somos españoles.»

De desear es, pues, que no se repita jamás suceso tan deplorable.

TIJERETAZOS

Tres individuos que tenían pocos cuartos se metieron el otro día en un café de Madrid y se comieron treinta y siete pesetas de comestibles.

Es verdad que fueron á hacer la digestión á la cárcel por no poder pagarlas.

Pero es lo que ellos dirán: Que nos las quitaron que se nos han pegado á la tripa.

Dice «La Crónica Meridional» de Almería:

«La Tabacalera ha abierto una esperter en qué consisten con el objeto de sane notando en la venta de las tabacaleras.»

Verán ustedes como la culpa la tiene al contrabando.

Y será verdad.

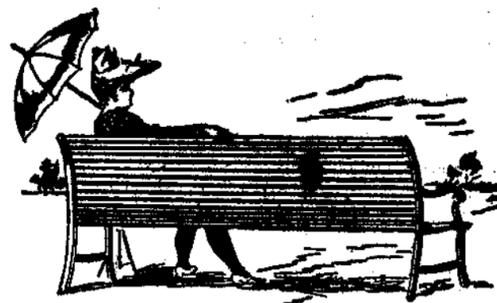
Es tan malo el tabaco de la tabacalera que la hoja de lechuga que venden los contrabandistas resulta cosa excelente.

Por lo menos no mata.

Según pronostican los astrónomos el futuro invierno será en extremo riguroso, tanto como pocas se han conocido.

¡Pobres de los que se queden sin capa!

PUNTOS DE VISTA



Lo que parece ser.



Lo que es.

Es verdad que muchas veces los astrónomos se equivocan y cuando anuncian lluvia brilla un sol de justicia.

Desde el día 13 al 20 han sido impuestas cuarenta multas á los vendedores del mercado por pesar con perjuicio de los compradores.

En la corrida en el mercado de Al-

Aquí no hay grito que pesa nada.

¿Que hay quien se queja?

Pues digan ustedes donde están las multas que lo comprueban.

En Murcia, un vecino de Orihuela, se manifestó en la vía pública un tanto alborotador y de paso le dió unos cuantos pescociones á una muchacha.

Pero no debe haberle sentido muy bien lo que se le ha cobrado por todo desahogo.

Setenta y cinco pesetas contantes y sonantes que le ha impuesto el gobernador en concepto de multa.

Si los escándalos no se cotizan más baratos no vuelve á escandalizar ese hombre. Ni le vuelve á levantar la mano á nadie.

NOTAS

no, por segunda vez en el presente siglo, el cañón apuntado contra los muros de Cartagena.

La alborada no pudo ser más hermosa. Callado el aire, templado el ambiente, sereno el mar, cuando el sol asomó por el oriente su cabellera de rubios rayos, levantó por todas partes, al herir la escarcha que cubría la tierra, millones de reflejos diamantinos; no parecía sino que algún bada había cubierto la extensión, durante la noche, de espesa capa de rubies y diamantes, esmeraldas y topacios.

EL HILO DEL DESTINO. 65

Corrió tras de la puerta con llave, y se dirigió á su cuarto de tocador.

Antes de llegar allí, tenía que pasar por delante de un mercedero ó jardín, que se hallaba al nivel de las demás habitaciones de la casa, y al pasar por este sitio, una voz dulce, fresca, suave, la llamó:

—Madre—dijeron, y la condesa se detuvo.

—Presto la puerta que la separaba del jardín fué abierta, y una joven salió corriendo á su encuentro.

—¡Laura!—exclamó la condesa.

Mrs. Laura era linda muchacha, que contara algunos días y ocho años.

Pelirroja, con ojos de azabache, vivos, penetrantes, con labios de coral, dientes que parecían perlas; tez; ataques mercuriales, fresca y suave, mejillas redondas y sonrosadas. Laura con todos estos atributos, no podía menos de ser la muchacha más linda de Sevilla.

Y en efecto, como tal era citada.

Pero, si todo eso en su rostro, si todo en su cuerpo tan flexible, tan aéreo, si todas sus formas encantadoras, qué no era el alma de Laura hermosa?

¿Qué puede decirse del corazón fresco, virginal, lleno de fuego y energía, de aquella criatura tan bella?

¿Qué puede decirse de su talento, de su viveza,

64 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

tos, y el conde nunca la importunó con preguntas sobre lo que no le interesaba saber.

Ocupado él, exclusivamente de los gozos exteriores, (los únicos que comprendía), y proporcionándole á ella cuanto pudiera apetecer cualquiera otra mujer, le demás le era indiferente.

No acababa de comprender que su mujer, no constituida á su modo, dejaba de gozar con lo que él gozaba; si bien, juzgando por las apariencias, ni de lo que él gozaba, ni de ningún otro goce estaba ella en el caso de disfrutar, dominada por esa insensibilidad que parecía absorber todas sus facultades.

Continuó por algún más tiempo con los ojos fijos en la cajita de oro.

Después tomó el libro de oraciones, y leyó á media voz la siguiente oración:

«Házme, Señor, indiferente á todo. Adórmese en mi corazón los recuerdos de lo pasado, despierta en mi alma la eficiente fortaleza y paciencia, para sobrellevar esta pesada carga, y encamina mis pensamientos constantemente á tu presencia, para que tu imagen consoladora dulcifique los pasares que me afligen.»

Dicha esta breve oración, siguió leyendo aun un corto rato; y esto hecho, guardó la cajita de oro en una gabela, juntamente con el libro de oraciones, y con pasos medidos y pausados, salió del gabinete.

EL HILO DEL DESTINO. 61

donde acostumbraba pasar una gran parte del día la señora de la casa.

Era este cuarto de retiro, cuando deseaba estar inaccesible á todo el mundo, aun á su marido, que jamás se atrevía á interrumpir su soledad.

Una cortina de terciopelo carmesí, delante de una ventana, oscurecía la habitación, y cubiertos todos los muebles con la misma tela, tenía el gabinete cierta sombra rosada, que dulcificaba todos los objetos. Innumerables bustos le adornaban, de trecho en trecho, colocados sobre pedestales de jaspe, y cubrían las mesas jarrones elegantes de alabastro, y mil frioleras de gusto todas.

En un frente estaba una biblioteca de ébano, con empuñados de plata, y en ella las mejores obras de los autores modernos y antiguos; principalmente poesías de los mejores poetas españoles y extranjeros.

Allí se veían las obras de nuestros más célebres dramáticos: del inagotable Lope de Vega, de D. Pedro Calderón; las dulces composiciones de Garcilaso, de Fray Luis de León; las obras del Dante, de Torquato Tasso, las dulcísimas inspiraciones del divino Petrarca, y también los dramas del famoso poeta inglés Shakspeare, y del gran Corneille y de Racine.

Una caja pequeña de oro yacía abierta sobre ella, y junto un libro manuscrito de oraciones.

Hallábase en la butaca delante de la mesa la con-